



Yo no me llamo
Manuel
josé,manuel
ríos guerra

Yo no me llamo Manuel, de José Manuel Ríos Guerra, obtuvo el Premio Estatal de Cuento Ricardo Garibay 2015. Se publicó en 2016 bajo el auspicio de la Secretaría de Cultura del Estado de Hidalgo, CECULTAH en aquellos años. En Fá Editorial publicamos esta edición digital completamente gratuita por la generosidad del autor, para celebrar los diez años de aquel premio.

Está permitido compartir este archivo sin fines de lucro.

Si deseas hacer un comentario sobre este libro o realizar un aporte económico, puedes hacerlo al correo:

contacto@faeditorial.com

José Manuel Ríos Guerra, 2015

Editor responsable: Ovidio Ríos

Ilustración de portada: *Cefalea*, de Rodrigo Imaz.

www.rodrigoimaz.com

www.faeditorial.com

Juguemos a ser otros

YO NO ME LLAMO MANUEL

José Manuel Ríos Guerra

Fá

ÍNDICE

La conjunción de los astros y las estrellas	5
Unos adidas azules.....	15
La noche de los feos.....	21
Yo no me llamo Manuel	27
Ágata.....	35
La noche de los feos 2.....	45
Formas de prevenir el futuro.....	53

LA CONJUNCIÓN DE LOS ASTROS Y LAS ESTRELLAS

Para Joslus Torres

Inventé la máquina del tiempo para hacer feliz a mi madre y a mi abuelo. Crecí en Ciudad Cooperativa Cruz Azul. Tal vez ustedes no lo sepan, pero es una ciudad que nació gracias a la cementera. Me tocó ver a tíos y primos competir por el Cruz Azul en todos los deportes: basquetbol, voleibol, taekwondo y, sobre todo, futbol. Mi abuelo siempre nos decía que vivíamos en una ciudad ejemplar, un modelo único en el mundo. Yo, desde muy pequeño, acompañaba a mi madre a sus partidos de voleibol. Ella se sentía tan orgullosa de ser cruzazulina que se ponía como loca cada vez que veía a la Máquina (el equipo de futbol profesional) jugar por televisión y les gritaba a los jugadores que se movieran para un lado o para el otro, como si ellos la pudieran escuchar.

Desde chico fui bueno para jugar futbol. Mi mayor sueño era debutar en la primera división con el

Cruz Azul, que el equipo recuperara su época dorada y que mi madre y mi abuelo se sintieran orgullosos de mí. Pero un día, durante el recreo, mientras jugábamos Policías y ladrones, me resbalé y me golpeé en la cabeza con una piedra. No sé exactamente cuánto tiempo, pero fue mucho el que pasé en el hospital. De vez en cuando abría los ojos y veía a mi madre rezando y ofreciéndole cosas a Dios para que me salvara. Pero ya se sabe que rezar no sirve de nada. Lo que me salvó fue la ciencia y no Dios. Por eso cuando desperté y me recuperé del todo me dediqué de lleno a ella. Y también porque a partir del golpe me dio miedo salir a correr y jugar fútbol. Además, algo pasó en mi cabeza porque antes no era bueno para la escuela y desde el accidente se me facilitaron todas las materias. Me encantaba ir a clases y disfrutaba especialmente salir a caminar por el campo y acostarme en el pasto para contemplar las estrellas. Así pasaba horas hasta que escuchaba que mi madre me empezaba a gritar que dónde estaba, que ya era muy tarde, que me iba a dar con el cable si no regresaba inmediatamente.

A pesar de que tuve muchos éxitos como estudiante y, posteriormente, en la vida académica, siempre sentí que para mi madre y para mi abuelo no importaba lo que hiciera. Vi la oportunidad de hacerlos felices y de que se sintieran orgullosos de mí cuando la Máquina del Cruz Azul perdió la final contra las Águilas del América en 2013. Fue justo cuando regresé de un largo

viaje por Estados Unidos y otros países de Europa y Asia. Recuerdo que venía muy cansado, llevaba días sin dormir bien y tenía los pies muy hinchados y llenos de callos. Tanto tiempo estuve fuera que encontré mi cuarto lleno de triques. Mamá se sorprendió al verme y hasta lloró. Me hizo espacio entre tanta cosa para que tuviera un lugar donde dormir. Yo vivía completamente desconectado de la vida cotidiana, así que ni idea tenía de que el Cruz Azul jugaría la final. Toda la familia se reuniría el domingo en casa del abuelo para ver el partido. Mi madre me obligó a bañarme. Ella no sabe de las costumbres europeas que uno adquiere en tanto viaje. Me sentí como un niño chiquito cuando me dijo: Si no se baña, no va. Yo tenía unas ganas enormes de ver a mi abuelo, así que de inmediato me metí a la regadera.

Cuando llegué a la casa del abuelo, mi familia me recibió con cierta indiferencia. Me daban ganas de abrazarlos a todos, pero ellos me rehuían. Supongo que me tenían envidia: nunca habían salido del pueblo y yo había viajado por todo el mundo. Aunque la verdad, no había nada que envidiar: mi abuelo tenía razón, debíamos sentirnos orgullosos de Cruz Azul, una ciudad ejemplar.

Empezó la final e intenté recordar por qué me gustaba ese deporte. Ahora me parecía un espectáculo idiota que carecía del mínimo interés.

En los primeros minutos del partido el árbitro marcó un penalti a favor de nuestro equipo y expulsó a un jugador del América. Metimos el penal y la casa

era una fiesta. Con un hombre más y con el marcador a favor parecía imposible que perdiéramos. En el segundo tiempo, el Cruz Azul anotó el segundo gol. Faltaban diez minutos para que terminara el partido y a mí se me ocurrió decir:

—La probabilidad de que América remonte es de una en un millón.

La verdad no sabía exactamente cuál era la probabilidad, pero sólo quería comentar algo y ser parte de lo que estaba pasando. Mi abuelo enseguida se volvió a verme y me regañó:

—No digas tonterías. El dos a cero es el marcador más engañoso.

—No haga enojar a su abuelo con sus cosas —me dijo mi madre.

En el minuto 88, América metió un gol. En la casa se escucharon algunas maldiciones y, aunque el ánimo no decaía, se sentía cierto nerviosismo en el aire porque el Cruz Azul llevaba varios años que llegaba a las finales perdiéndolas todas. El árbitro agregó cinco minutos y todos empezaron a mentarle la madre. Faltaba un minuto cuando hubo un tiro de esquina a favor de las Águilas. Todos los jugadores estaban en el área de la Máquina. Mandaron el centro y el portero del América cabeceó, su remate lo iba a atajar el portero del Cruz Azul, pero un defensa desvió el balón y éste se metió en el ángulo. Todos empezaron a maldecir y escuché que mi madre se puso a llorar. El partido se fue a tiempo extra y luego

a penales. Mi madre y mis tías se pusieron a rezar, pero ya se sabe que los rezos no sirven para nada. El Cruz Azul no metió ningún gol. Mi abuelo tenía la cara desencajada. Fue entonces cuando se me ocurrió hacer la máquina del tiempo.

Para construirla fue necesario romper con muchos paradigmas de la física. Es importante decir que para viajar en el tiempo se necesita la conjunción de los astros y las estrellas. Ustedes pensarán que les hablo de magia, porque no saben nada de lo que yo sé, y es mejor que no lo cuente a detalle porque además no lo entenderían.

Tres años tardé en esa empresa. Durante ese tiempo prácticamente no vi a nadie porque quería acabar cuanto antes, pero me enteré de que Cruz Azul había llegado a otras finales, mismas que perdió. Cuando por fin terminé la máquina, pensé que mis prisas eran muy tontas: yo iba a ser el dueño del tiempo.

Regresé a 2013 y me sentí extraño en ese mundo donde todo había pasado. Ver a la gente y su inocencia con respecto al futuro me daba a veces risa, y a veces, angustia.

Llegué a la Noria, el lugar donde entrena Cruz Azul, y en cuanto terminó la práctica del equipo intenté acercarme a los jugadores. Quería decirles cómo podían ser campeones. Hice a un lado a un montón de chamacos que no me dejaban pasar. Ya estaba a punto de llegar con un jugador cuando un tipo de seguridad me sujetó y me sacó.

—¡Ya estás grandecito para andar pidiendo autógrafos!

Me dio mucho coraje: pinche gente ignorante. Si supieran la tragedia que se les venía encima y que yo podía evitarla.

Al otro día tomé un auto y lo estacioné exactamente a la salida de los jugadores. Era viernes y faltaban dos días para la final. Los niños se arremolinaron nuevamente y no me dejaban ver nada. Le pregunté a uno de seguridad que dónde estaba el portero. Me señaló a un tipo. Me le acerqué y le pregunté:

—¿Tú eres el portero?

Afirmó con la cabeza. Entonces lo tomé del cuello y le dije:

—Te voy a sacar de aquí.

Lo metí en el carro y le ordené que manejara. Él me dijo que yo era un estúpido, que todavía no acababa su turno. Como sospeché que se iba a poner rudo saqué una pistola y lo amenacé.

Llegamos a su casa. Me sorprendió que viviera en un lugar tan humilde. Siempre decían que los futbolistas ganaban mucho, incluso más que los científicos como yo. Ya en el interior lo amarré y le dije que me tenía que escuchar.

—El domingo ustedes irán ganando dos goles a cero. En los últimos minutos los van a empatar. El remate final va a ser del portero del América y uno de tus defensas te va a desviar el tiro. Tienes que lanzarte hacia arriba y no hacia abajo.

Como noté que no me estaba haciendo caso lo empecé a golpear. Le repetí una y otra vez lo que iba

a pasar. Hasta que me dijo que me creía, que iba a hacer exactamente lo que yo quería.

Entonces aflojé los nudos y salí de su casa. Llegué a un parque y me acosté para ver las estrellas con tranquilidad. Mis ojos se cerraban de cansancio cuando la policía me llevó preso. Me acusaron de secuestro, allanamiento de morada, robo de auto y de un montón de cosas más.

Al principio no me preocupé. Estaba confiado en que el portero del Cruz Azul, en cuanto se diera cuenta de que yo no mentía y de que le había ayudado a ganar el campeonato, iba a pagar mi fianza. Y, efectivamente, Cruz Azul fue campeón. Sólo que no ganó como yo había dicho. Goleó al América cinco goles a cero. Atribuí ese hecho a que mi presencia en el pasado había alterado radicalmente el destino del partido. En ese momento me pregunté qué más había cambiado en el mundo por mi culpa.

Los días pasaron y el portero nunca fue por mí. En lugar de llevarme a juicio me dijeron que me iba a atender un médico. El doctor resultó ser un psiquiatra. Me alegré porque por fin iba a hablar con alguien cercano a la ciencia. Tuve que contarle que había viajado en el tiempo. También le dije dónde estaba la máquina. La última vez que lo vi me afirmó que no existía ninguna máquina del tiempo, que la pistola que había usado era de juguete y que me iban a enviar a un hospital psiquiátrico.

Los primeros meses estuve encerrado en un cuarto donde no podía ver las estrellas. Tan desesperado estaba que me dieron ganas de rezar; no lo hice porque ya se sabe que no sirve de nada. Después de un tiempo dejaron que me integrara con la comunidad del lugar. Mis compañeros me daban miedo porque yo no estaba loco. Pero cada vez que se lo decía a alguien se reía de mí. Extrañaba a mi madre y a mi abuelo. Sabía que ellos no me buscarían porque no estaban en mi tiempo. Sólo me consolaba saber que ahora eran felices porque el Cruz Azul por fin había sido campeón.

Un día paseaba por el patio. Eran los primeros días de enero. Había oscurecido temprano y el cielo estaba despejado. Entonces me di cuenta de que era muy tonto y de que la solución a todo estaba en mi cabeza: podía hacer otra máquina del tiempo. Sólo necesitaba esperar la conjunción de los astros y las estrellas, pero es mejor que no se los cuente a detalle porque ustedes seguramente no lo entenderían.

UNOS ADIDAS AZULES

Para Ovidio

Era medianoche cuando Miguel tomó el microbús que lo dejaría en su casa. El camión estaba casi vacío: en la parte delantera iban dos tipos con los trajes desgastados; en el centro había cuatro personas. Miguel decidió sentarse atrás.

El micro arrancó y se inició un duelo musical entre el chofer, que puso un disco de cumbias, y uno de los pasajeros, que escuchaba reguetón en su celular. Miguel estaba tan cansado que, a pesar de la música, se quedó dormido. Un payaso subió y su llegada dio tregua al ruido. Miguel se despertó.

—Buenas noches, señoras y señores, damitas, caballeros. Mi nombre es Pipo. Sólo soy un triste payaso que viene a molestarlos por unos segundos, esperando robarles una sonrisa.

Miguel trabajaba en una imprenta. A veces los pedidos le llegaban sin aviso y tenía que hacer guar-

dia toda la noche para revisar las pruebas de color y la impresión. El negocio marchaba mal, por eso regresaba temprano. No iba a cenar, ese era un lujo que no había tenido en mucho tiempo. Metió la mano en el bolsillo y sólo encontró una moneda. Su mano callosa no pudo distinguir si era de un peso o de cincuenta centavos. Pensó en su hermano Javier y en que tendría que pedirle dinero prestado para acabar la quincena. Tocó de nuevo la moneda. Intentaba adivinar: si es de un peso, me va a ir mal; si es de cincuenta centavos, me va a ir bien. La sacó: le iba a ir bien.

Miró a Pipo y le pareció un payaso improvisado. Su atuendo cumplía los requisitos del oficio: peluca multicolor, saco amarillo, nariz y pantalón rojos. Pero algunas cosas no encajaban: tenía demasiado maquillaje en la cara, llevaba barba y bigote de rafia y unos tenis adidas azules que cualquiera desearía.

Pipo empezó una adivinanza que aspiraba a ser un chiste:

—¿Qué tiene alas y no vuela, ojos y no ve, pico y no pica?

Miguel pensó un momento sin atinar la respuesta.

—¡Un pájaro muerto! —dijo al fin Pipo mientras soltaba una horrible carcajada.

El payaso pasó a cada lugar a pedir dinero. Miguel no quería cooperar, no porque lo considerara un mal cómico, sino porque sentía que era humillante entregarle sólo cincuenta centavos.

Pipo no recibía nada. Miguel dudó: ¿y si el payaso se ofendía por los cincuenta centavos? Debía tomar una decisión.

Metió la mano en su bolsillo, sacó la moneda y se la dio.

—Es todo lo que traigo —se arrepintió al decirlo, pero ya era demasiado tarde.

Pipo no lo escuchó o no le dio importancia. De sus ropas sacó una pistola y amenazó:

—¡Ahora sí, hijos de la chingada! No pude robarles ni una sonrisa ni un peso, ¡ahora les robo todo, bola de culeros!

Miguel sintió miedo, recordó a su hermano diciéndole:

—Si te asaltan y no traes dinero, aguas, porque en una de esas te rompen la madre.

Pipo despojó a todos de lo que traían: la cuenta del chofer y el celular del reguetonero fueron lo mejor de su colecta. Cuando se acercó a Miguel, este iba a decirle que ya no tenía dinero, que los cincuenta centavos que le dio eran lo único en su bolsa, además, no tenía para ir a trabajar mañana y hoy dormiría sin cenar.

—Tú no te preocupes, carnal, tú eres banda —le dijo el payaso, sin dejarlo hablar.

Pipo se bajó y echó a correr. El micro se llenó de murmullos y del llanto del reguetonero. Más adelante había una patrulla y los pasajeros le pidieron al chofer que se detuviera. Miguel estaba a una cuadra de su

casa y decidió bajarse a caminar. La gente lo vio y empezó a gritar que él era cómplice de Pipo, que no lo habían asaltado y que además era palero de sus chistes malos. Entonces la noche se alargó: era imposible hablar con los policías y mucho menos sobornarlos.

No lo dejaron hablar por teléfono y lo metieron en una celda que apestaba a orines. Pasó una hora sentado, tratando de olvidar el hambre y el frío. Pensaba que Javier no se preocuparía por su ausencia, ya que no sería la primera vez que faltaba a la casa. Se recostó y quiso dormir, pero no pudo. Recordó el chiste del payaso y al pájaro muerto. ¿Qué le habrá sucedido?, se preguntó. Tal vez murió por tanta contaminación, o quizá voló en un campo de beisbol y chocó con la pelota lanzada por un pitcher, o sólo murió de viejo o de inanición. Luego pensó en que seguramente Pipo ya se encontraba en su casa, que ya había cenado y estaba a punto de dormir.

Miguel dormitaba cuando escuchó su nombre. Un policía le hablaba desde la reja y le abría la puerta.

—Ya se arregló tu asunto —le dijo.

—¿Cómo que ya se arregló?

El policía señaló la salida. Miguel vio a Javier.

—Vámonos —le dijo su hermano.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Me lo dijo un pajarito.

—Me acusaron de...

—Sí, ya lo sé. Todo está arreglado, no te preocupes.

Salieron de la delegación y fueron a cenar.

—¿Y desde cuándo tienes tanto dinero?

—¿Por unos tacos que te invito?

Tomaron un taxi que los dejó en su casa. Miguel no entendía cómo ahora estaba a punto de dormir en su cama y con el estómago lleno. Se empezó a desvestir y vio que los tenis que Javier se estaba quitando eran unos adidas azules que cualquiera desearía.

LA NOCHE DE LOS FEOS

Para Manu y Christian

Era la medianoche de un miércoles y Édgar me llevaba casi arrastrando a una fiesta en casa de Cristian. Estaba muy cansado, pero me prometieron que iba a ser una fiesta única, donde conocería cosas nuevas. Yo pensaba que no había nada nuevo bajo el sol, que ya todo estaba visto, pero me equivocaba.

En el camino vi varios espectaculares donde aparecía la cara sonriente de Penélope Cruz.

—Esta vieja me está siguiendo —dije.

—¿Quién?

—Penélope Cruz.

—¿Eres estúpido o tus papás son primos? Es claro que me está siguiendo a mí.

Cuando llegamos a casa de Cristian, la fiesta ya había empezado. Sonó una cumbia y casi todos se pusieron a bailar. La sala estaba a media luz; yo aguzaba la mirada buscando a una chica linda con la que

pudiera bailar: no encontré nada, todas las chavas eran feas, de hecho, toda la gente era fea. Édgar me dio una cerveza y pensé que de nada serviría: no había suficiente alcohol en el mundo para acabar con tanta fealdad.

Sonó mi celular y vi que era mi jefe. Un mes antes había entrado a trabajar en una revista especializada en cine. Me dijo que teníamos que estar en el aeropuerto a las seis de la mañana porque nos íbamos a Guadalajara, que mañana a mediodía él iba a entrevistar a Penélope Cruz. Le dije que no se preocupara y corté la llamada. Pensé que era mejor irme. Para qué me quedaba en una fiesta con mujeres feas si al día siguiente conocería a Penélope Cruz. Iba a despedirme de Édgar, pero Cristian me interrumpió.

—Ya le di de besos a esa vieja.

Me volví a verla y me chillaron los ojos.

—Estás loco, manito, eso es contra la moral —le dije.

—¿Qué?

—Hacer esos favores.

—Estoy haciendo puntos.

—¿Puntos para qué?

—Para cogerme a Milla Jovovich.

—¡No mames!

—¿Qué no le has dicho? —Édgar negó con la cabeza—. Son puntos cárnicos, si te coges a una vieja más guapa que tú, te quita puntos y ella se los lleva; luego los cambia para cogerse a Brad Pitt o a

Luis Miguel o a quien quiera. Yo besé a esa vieja y, seguramente, ahorita me la cojo, para después llegar con Milla y cambiar mis puntos con ella.

—Ajá.

—¿No me crees, cabrón?

—Ya estás pedo, carnal.

—Mira, pendejo.

Llamó a varios de sus amigos y les empezó a preguntar a cada uno con quiénes se habían acostado. Uno se había cogido a Shakira; otro, a Scarlett Johansson; otro, a Natalie Portman. Todos se cogieron a muchas feas para después tirarse a una estrella de cine o a una cantante.

—Yo me cogí a Ana Claudia Talancón —dijo uno.

—Bueno, a esa vieja, cualquiera —comentó Édgar.

—Yo me cogí a Martha Higareda —dijo el más feo de todos.

—¿Y cómo fue eso? —le pregunté.

—En realidad, ella abusó de mí: yo caminaba en la calle; estaba apurado porque ese día tenía examen en la facultad. Martha pasó en un auto convertible y de inmediato la reconocí. Me preguntó por una dirección y le dije que no sabía. Seguí mi camino, pero ella insistía: me decía que se veía que yo era inteligente y que debía saber, que hiciera un poco de memoria. ¿Cómo podía pensar en cualquier cosa si ella traía un vestido entallado y cortísimo? Después me invitó a subir. En cuanto lo hice, arrancó el auto

derrapando las llantas. Me llevó a su casa y ahí me sedujo: se puso a bailarme y por más que me resistí, no pude. Después me enteré de que necesitaba muchos puntos para cogerse a Keanu Reeves. Y no es que yo no quisiera estar con ella. Lo que pasa es que yo iba a usar mis puntos con Ivonne Montero y para conseguir a alguien lo suficientemente fea y que me dé puntos, está cabrón.

—Con razón nunca te he conocido una chava bonita —le dije a Cristian—. ¿A quién te has cogido?

—Yo le he sido fiel a Milla Jovovich. Ya he estado tres veces con ella.

Y me enseñó una fotografía en donde la abrazaba en un mercado de Kiev.

Me sentí timado. Muchas veces salí con chavas más guapas; creía que estaban conmigo por mi manera de hablar o por mi personalidad: las muy culeras me quitaban mis puntos. Édgar parecía leer mi mente porque dijo:

—Yo creo que este güey tiene un déficit de puntos de no mames. Chíngale, cabrón, tienes que agarrarte a una que compense todos esos años de promiscuidad gratuita.

Busqué a la mujer indicada: ni tan fea que diera asco, ni tan bonita que no diera puntos. De esa manera conocí a Ángela. Ella se tomaba una cerveza muy quitada de la pena. Sus virtudes: tenía buenas tetas, pero eran proporcionales a su gordura. Sus defectos: no alcanzaría a mencionarlos todos. Basta decir que su cabello parecía un casco de beisbol y

tenía una verruga en el labio; además, sus pómulos eran disparejos, como si le hubieran hundido uno de ellos. Fue amor a primera vista. Con una mujer como ella, seguro conseguiría los puntos suficientes para conquistar a Penélope Cruz. No sabía qué decirle: primero pensé en ser directo y negociar los puntos cárnicos a cambio de algo más; luego me imaginé aventándole un choro sobre mi trabajo y el cine, pero cuando llegué, ella no me dejó hablar.

—¡Huy, esa canción me encanta! ¡Vamos a bailar!
—me dijo y me llevó a la pista.

Después de cuatro canciones y cinco cervezas, yo la veía igual: el alcohol no podía hacer nada por Ángela y menos por mí.

Sonó “Luces de Nueva York” con la Sonora Santanera y pensé que ésa era mi oportunidad. Empezamos a bailar pegadito. Entonces cerré los ojos e intenté imaginarme que estaba con Penélope Cruz. Mientras besaba y acariciaba a Ángela tuve una erección. Iba a meterla a un cuarto, pero ella se apartó de mí y me dio una patada en los huevos. Yo me revolcaba sin saber por qué me había golpeado, hasta que me dijo:

—¿Me quieres quitar todos mis puntos? ¡Te vas a la verga!

Iba a decirle que además de fea era una culera, pero temí que me golpeará mientras seguía ahí tirado. Édgar me ayudó a levantarme.

—Llévame al aeropuerto —le pedí, como si fuera mi última voluntad.

Al otro día, me estaba quedando dormido mientras mi jefe entrevistaba a Penélope Cruz. De pronto noté que ella me veía de reojo. Cuando terminó la entrevista, me hizo señas con su dedo índice para que me acercara. Llegué junto a ella y me preguntó que si me quería echar un polvo. Le respondí que por supuesto.

—¿Cuántos puntos traes?

—Ninguno, es que ayer...

—Joder, lástima —dijo, y se dio la vuelta.

YO NO ME LLAMO MANUEL

Para Manuel de la Vega

Olga, mi madre, llegó con la noticia de que nos mudaríamos. No sé qué pensaron mis hermanos, pero yo me imaginé que nos iríamos a vivir a una casa con un cuarto para mí nada más y, por qué no, un patio grande en donde pudiera tener un perro. Enseguida mamá me regresó a la Tierra: nos mudábamos de ciudad y, más que eso, de país.

Salimos de la Ciudad de México rumbo a Estados Unidos en 2000. Mis tíos le vendieron a mamá la idea de que en el gabacho le iba a ir mejor. Ella tenía dos años de estar separada de papá y nosotros la seguíamos a todas partes. Nuestra situación aquí no era tan mala (aunque Olga siempre decía que estaba endrogada). Mis tíos insistieron tanto que ella quiso probar suerte en Los Ángeles.

Al principio todo fue fácil para mí: apenas había cumplido quince años y no iba a la escuela porque

tenía muchas dificultades con el idioma. Mi hermana y yo pasábamos los días viendo televisión o jugando cartas. En México eran frecuentes nuestras discusiones sobre qué programa ver; ahora peleábamos no sólo por el programa, sino también por el idioma: ella siempre quería algo que se transmitiera en inglés. Carlos, mi hermano, rápido encontró trabajo de mesero en un restaurante de comida mexicana. Por las noches yo me quedaba con mi tío Alejandro y cuando todos se iban a dormir empezaba lo bueno, porque él era adicto a la pornografía en internet. Veíamos una página tras otra hasta el amanecer. Cuando nos íbamos a dormir, Alejandro me decía:

—Ahora sí, Manuel, ya tienes para tu manuelita.

A mamá le molestaba que todo el día estuviéramos de flojos. Por eso, en cuanto surgió la posibilidad de entrar en el *high school*, no lo dudó ni un segundo: le consiguió trabajo a Alejandro (él era el único de mis tíos que no trabajaba) y nos mandó a mi hermana y a mí a la escuela sin importar que no entendiéramos. Como ya no soportaba que todo el tiempo mis tíos me dijeran que ni parecía mexicano porque los mexicanos llegan a Estados Unidos a trabajar y no a estar de ociosos, la idea de estudiar no me pareció tan mala.

En la escuela el idioma siempre fue un problema. La mitad de las clases la tomábamos con maestros que combinaban el español con el inglés, pero la otra mitad era completamente en inglés y yo no entendía

nada. Lo peor de todo es que una de las materias donde no se hablaba español era matemáticas y eso implicaba una doble tortura para mí.

Un día, antes de entrar a clases, un negro comenzó a gritarme un montón de cosas que, en un principio, me parecieron incomprensibles; después entendí que me decía algo sobre que yo era mexicano, que no tenía nada que hacer ahí y también algo sobre mi madre. Él no era alto ni fornido y, aunque nunca había sido un buen peleador, creía que lo podía enfrentar. El problema era que detrás de él estaba un negro como de dos metros (todavía hoy estoy seguro de que era idéntico a Shaquille O'Neal). Yo no sabía qué hacer ni qué decir, lo miraba a los ojos para aparentar que no me intimidaba, pero la verdad me estaba cagando de miedo. Llegó un tercer negro y se calmó todo: dijo unas palabras y los tres se dieron la vuelta. Entraron a un salón mientras discutían entre ellos y me veían de reojo.

Sólo tenía un amigo; un español que se llamaba Xavier. Una mañana estábamos en el baño y hablábamos en español, ni siquiera recuerdo sobre qué. De pronto un tipo con aspecto de nazi entró y empezó a gritarme:

—*Don't speak Spanish, bitch.*

No sé por qué le pregunté a Xavier por lo que había dicho, si lo había entendido perfectamente. Más tardé en cerrar la boca que él en soltarme un puñetazo a media cara. Me fui de nalgas y Xavier se paró frente

al nazi para impedir que me pateara ahí tirado. Finalmente, el tipo se calmó, pero sentí que no la contaba.

En otra ocasión, jugábamos beisbol y era mi turno al bate. Antes del primer lanzamiento un negro emputadísimo vino hacia mí y me preguntó:

—*Are you from Africa?*

Mi cabeza dio vueltas: ¿cómo podía creer que yo fuera africano? ¿Qué no el africano era él? ¿Qué pasaría si decía que no? ¿Y si decía que sí? ¿Por qué me preguntaba eso? Decidí que si me iban a madrear, al menos tenía que decir la verdad.

—Soy de México —respondí.

El negro me miró desconfiado y se fue sin decirme nada más. El pitcher por fin lanzó la bola y yo abaniqué tres veces sin conectarla. Más tarde, Xavier me dijo que a los blancos africanos les dan unas madrizas cósmicas porque fueron muy culeros con los negros durante la colonización de África. Yo me preguntaba por qué dicen que los negros son minoría en Estados Unidos, si por todos lados me encontraba a uno dispuesto a romperme la madre.

Era común que mamá nos llevara los sábados a alguna plaza comercial. Yo sentía que entraba a un portal de pornografía en internet: rubias, morenas, latinas, negras, pelirrojas, gordas y anoréxicas llenaban mi campo visual. Igual que en internet, sólo podía ver. Ni siquiera me atrevía a hablar con ellas, en primer lugar por el idioma, que nunca llegué a dominar, y en segundo porque soy muy tímido.

Carlos era al que le iba mejor: tenía novia y dinero y no entendía por qué no nos adaptábamos al *high school*. Según él, estábamos en una buena escuela, ya que sabía de otras donde los maestros todos los días cateaban a los estudiantes para ver que no trajeran armas o drogas.

—No exageres, en mi escuela también pasan esas cosas y otras peores —le decía, aunque en realidad no sabía si pasaban o no. A partir de eso, antes de dormir, me atormentaba en mi cama pensando que un gringo loco iba a entrar a la escuela y nos mataría a todos.

Los negros no eran mi único problema. La verdad es que no encajaba en ningún lugar: era blanco, pero no me llevaba con los blancos porque era mexicano; era mexicano, pero los mexicanos me despreciaban porque era chilango. Por más que busqué algún defeño nunca encontré a alguno.

Una mañana el maestro de literatura nos dejó de tarea investigar a un escritor que tuviera nuestro nombre. En el D. F. no conocí a ningún Manuel. Crecí con la ingenua idea de que Manuel sólo había uno, y ése era yo.

Me metí a internet, esta vez no para ver pornografía, sino para buscar a algún escritor que se llamara Manuel. El primero que apareció fue Manuel Acuña: poeta, interesado en la filosofía y en las matemáticas. Hablaba varios idiomas, entre ellos el francés y el latín. Era amigo de Ignacio Manuel Altamirano y se

enamoró de Rosario de la Peña, de quien también estuvo enamorado Manuel M. Flores. Mi nombre, antes único, quedaba devaluado en un dos por tres. Por eso Manuel Acuña se suicidó a los veinticuatro años: demasiados Manueles en su vida.

Al siguiente día, estaba con Xavier y otros españoles en el campo de futbol. Como nadie jugaba, nos pusimos a platicar en la media cancha. Cada quien comentaba sobre el escritor que había escogido. Me distraje un segundo viendo a unos chicanos que fumaban crack y no me di cuenta de que los españoles empezaron a caminar hacia los salones.

—¡Manuel, qué esperas! —me gritó Xavier.

Uno de los chicanos se levantó encabronadísimo y gritó:

—¿Quién dijo mi nombre?

Xavier y yo cruzamos miradas por un instante. Xavier tenía una cara con la expresión de no saber ni qué pedo. Sentí que el tiempo se detuvo. ¿Quién podría culpar a Xavier de que Manuel estuviera ahí drogándose y de que se pusiera así de loco porque alguien dijera su nombre?

Otro de los chicanos intentó calmar a Manuel, pero él estaba tan drogado que no lo reconoció. Fue entonces cuando se inició la bronca. Caminé hacia donde estaba Xavier y él empezó a alejarse de mí. Manuel tomó al otro chicano del cuello, bajó su cabeza a ras del suelo y lo pateó varias veces; después lo levantó y le azotó la cara contra una jardinera,

por poco le saca un ojo. Yo sólo pensaba: ¡Yo no me llamo Manuel! ¡Yo no me llamo Manuel! Repetía esa estúpida frase como si me pudiera salvar.

Manuel sacó una pistola y le disparó al chicano. Todos nos quedamos parados. Imaginaba que si me movía sería el siguiente blanco de ese cabrón. Sonó la sirena de una patrulla y alguien gritó:

—¡Ahí viene la migra!

Todos corrimos como cucarachas en la cocina. Xavier y yo nos alejamos sin decir nada. Llegué a casa, me metí a mi cuarto y lloré un buen rato hasta que me quedé dormido.

Al otro día busqué noticias sobre la muerte del chicano en la televisión y no encontré nada. Compré *Los Angeles Times* y tampoco decía nada (aunque debo reconocer que fue poco lo que entendí). Compré *La Opinión*; éste sí estaba en español, pero las noticias locales sólo hablaban de una abuela que se había ido de vacaciones después de agrandarse el busto. En la escuela todo siguió normal, ni siquiera Xavier quiso hablar del incidente.

Dejé de ir a clases. Sólo acompañaba a mi hermana a la escuela y me paseaba por las calles hasta la hora de la salida. Algunos días mis pies me llevaban a la playa y ahí me sentaba a ver el mar por horas.

Mamá se enteró de mis faltas y quiso meterme a trabajar. Le pedí dinero a mi tío Alejandro para regresar a México.

Han pasado algunos años y poco a poco se me va

olvidando el inglés que aprendí. Ahora vivo con mi padre, que siempre dice:

—Dejaste ir la oportunidad de tu vida en el país de las oportunidades.

Lo dice porque mi hermana ahora trabaja de secretaria en una transnacional y le va muy bien; pero también, porque no ha vivido lo que yo y porque no se llama Manuel.

ÁGATA

Para Enrique Ángel

La casa estaba llena de ratas y nadie había hecho nada por correrlas. A mamá le daba mucha pena y por eso no teníamos visitas; papá decía que no tenía tiempo para ocuparse del asunto y que las ratas no le hacían daño a nadie; a mí no me causaban ningún problema.

Una mañana, nuestra maestra formó equipos, nos dejó un ejercicio y salió del salón. En el equipo éramos cuatro, pero a mí sólo me interesaba Salma. Yo quería contestar antes que cualquiera para impresionarla. En el colegio estudian trescientos cuarenta y cinco alumnos; si hay el doble de niños que niñas, ¿cuántas niñas son?, decía uno de los problemas.

—Ciento quince niñas y doscientos treinta niños —dije, pero no impresioné a nadie porque todo mundo estaba platicando de otras cosas.

Cuando la maestra regresó, no habíamos terminado los ejercicios y nos los dejó de tarea.

Les sugerí a mis compañeros que nos viéramos en mi casa.

—Entonces nos vemos a las cinco —dijo Salma al salir del salón.

En ese momento me acordé de las ratas, que ahora sí eran un problema. Tenía poco tiempo. Llegué a casa, entré al cuarto de mis padres, tomé dinero y salí corriendo. Afuera me encontré a mi primo Samuel: me esperaba para ir a jugar beisbol. Le dije que no, pues tenía que comprar un raticida o una bomba atómica para acabar con la plaga.

—Yo tengo lo que necesitas, ¿cuánto traes?

—Cien pesos.

—Hasta te va a sobrar.

Me llevó a su casa que estaba llena de gatos.

—¡No mames! ¿Por qué tantos gatos?

—Cada quien su plaga, ¿no? Tú tienes ratas; yo, gatos.

Me dio uno negro, muy pequeño, que inspiraba más ternura que miedo.

—Esto no espanta a nadie. Pobre gatito, mis ratas lo van a matar.

—Es hembra y se llama Ágata.

—¿Y con esto voy a espantar a las ratas?

—Ratones, ratas, topos, lo que quieras. Dame los cien pesos.

—¿No que me iba a sobrar?

—Sí, pero no tengo cambio y además tú qué vas a hacer con tanto dinero. Para que veas que no soy

gacho, ahorita te invito un refresco.

Se quedó con los cien pesos y pasamos a una tienda a comprar unos cigarros.

Cuando salimos, vimos que venía la mamá de Samuel y él me dio los cigarros como si le quemaran las manos.

—¿Qué haces en la calle? —le preguntó mi tía.

—Vamos a ir a jugar beis un rato.

Cateó a mi primo como si de un delincuente se tratara y se volvió a verme con ojos de pistola.

Llegamos a mi casa y dejé a la gata en el patio. Me parecía que la llevaba a la muerte: había visto a algunas ratas de su tamaño y escuché cómo se agitaban con su presencia.

Como sólo a nosotros nos gustaba el beisbol en la colonia, jugábamos solos. Samuel echaba un volado, quien perdiera tenía que pichear y para batear había que hacer un out. Perdí el volado. Después de un rato, en que me la pasé corriendo detrás de la pelota, Samuel bateó una línea directo a mi cara; puse la manopla para protegerme y de milagro la atrapé.

—¡A huevo! Me toca batear.

—¡Ni madres! El sol ya está muy fuerte. Mejor vámonos y te invito el refresco.

Iba a reclamarle y a decirle lo hijo de la chingada que era, pero me acordé de Salma, de la gata y de la plaga. Me estremecí pensando en que las ratas tal vez ya se habían comido a Ágata.

De todos modos decidí ir primero por mi refresco.

Cuando llegamos a la tienda, pedí un boing.

—Nel, cómo crees, una coca para los dos.

—¡Ah!, eres un culero. Me chingaste cien pesos por la gata y no me quieres invitar un boing.

—¿Se lo doy o no se lo doy? —preguntó don Beto, el tendero.

—Sí, dímelo.

—No, no se lo dé, es mucho. Luego hasta tiene pesadillas por tanta azúcar.

Así estuvimos un buen rato. Cuando me iba a dar la vuelta para irme, Samuel dijo:

—Está bien, dáselo.

—¿De qué va a ser?

—De naranja.

Ya me iban a dar el boing cuando el cabrón dijo:

—Pero de ése no, dele un triangulito y que sea de piña para la niña.

—No, deme el de medio litro de naranja.

—¿Entonces cuál?

—Ya le dije —contestamos Samuel y yo al mismo tiempo.

Don Beto sacó el triángulo de piña. No aguanté más y me fui mentando madres. El tendero se quedó con la boca abierta, sorprendido de que yo supiera tantas leperadas. Miré a mi primo que se reía mientras le daba un trago a su coca. Le menté la madre y me eché a correr, no fuera a alcanzarme el muy ojetete.

Cuando llegué a la casa, Ágata estaba en el centro del patio lamiéndose el cuerpo. Busqué por todos

lados y no vi ninguna rata.

A las cinco salí para esperar a Salma y vi que venía en la esquina acompañada por el resto del equipo. Empezamos a trabajar y yo me sentía un poco nervioso. Intenté no ser obvio, no sabía cómo llamar su atención. Ágata trepó mis piernas, Salma la vio y la cargó.

—¡Pero qué bonito! ¿Es tuyo?

—Es gata y se llama Ágata.

—¡Está preciosa!

Salma se entretuvo con la gata. Yo, mientras tanto, buscaba algún tema para hacerle plática. Acabamos la tarea y nos pusimos a jugar cartas. Me acordé de que traía los cigarros de Samuel. Saqué uno y lo prendí, según yo para impresionarlos, pero, sobre todo, para que Salma me viera.

—¿Quieren? —les ofrecí.

—No, ¿cómo fumas enfrente de Ágata? Está muy chiquita y se va a enfermar —me regañó Salma.

—Tienes razón —dije, apagué el cigarro y seguí jugando.

Cuando se fueron, recogí las cartas, me eché en la cama y prendí otro cigarro. Ágata se acercó, imité el bufido de un gato para espantarla. Ella me vio a los ojos, se dio media vuelta y se fue a echar a un rincón del cuarto.

Meses después, aprovechando que ya no había ratas y que era mi cumpleaños, a mi madre se le ocurrió hacer una fiesta.

—No, mamá. Yo fumo y tengo novia y quieres que ande haciendo fiestecitas.

—¡Qué vas a andar fumando! ¡Y antes de tener novia aprende a lavar tus calzones!

No pude evitar que llenara las paredes con globos, hiciera sándwiches y comprara refrescos. Antes de que llegaran mis amigos, saqué a Ágata de mi cuarto y en pocos minutos se encargó de tronar todos los globos, pero no se comió ni un sándwich. Mamá vio lo que hizo la gata y casi se puso a llorar.

El patio se veía ridículo con todos los globos tronados, pero así se quedó. Llegaron mis amigos; algunos ñoños venían con sus mamás. Nos pusimos a jugar fútbol. Al balón le salió un pequeño chipote de la cámara. Ágata se lanzó contra él y lo arañó hasta que lo ponchó. Mis amigos correataron a la gata. Querían agarrarla y golpearla. La gata estaba acorralada y dispuesta a arañar al que se le acercara. En eso llegó Salma, caminó entre todos y cargó a Ágata.

—Eres un bruto, ¿por qué no la defiendes de estos idiotas? —me dijo mientras acariciaba a la gata.

No supe qué decir. Saqué unos cigarros. Como nadie traía encendedor, tomé uno, fui a la sala y lo prendí frente a todos.

—Ma, ya fumo.

Mamá se empezó a reír y dijo:

—¡Qué chamaco travieso!

Todos se quedaron sorprendidos y ya no quisieron fumar. Cuando se empezaron a ir, me envalentoné lo

suficiente como para decirle a Salma lo que sentía.

—Salma, me gustas mucho y creo que estoy enamorado de ti.

—Tú también me gustarías si no fueras tan tonto.

De pura decepción encendí otro cigarro; mamá me vio y lo mandó a volar de un cachetadón. Me quedé más sorprendido que asustado.

—¡No vuelvas a ponerme en ridículo así!

Me fui a dormir sin cenar. Entré al cuarto, quise agarrar a Ágata, que estaba acostada en mi cama, y ahora ella me ahuyentó con su bufido. Prendí un cigarro y me fui a echar en un rincón.

Ágata impuso sus reglas en toda la casa: mamá, cada vez que iba al súper, compraba la leche y la comida que le gustaba a la gata; papá ya no podía sentarse en el sillón individual que había en la sala, ése era el lugar de Ágata y ella se enfurecía si alguien se sentaba en él. Si yo no estaba, nadie podía entrar a mi cuarto porque Ágata se crispaba y brincaba de un lado a otro para impedirlo. Cuando llegaba de la escuela, me seguía a todos lados, se recostaba conmigo mientras yo leía o escuchaba música y se quedaba así por horas. A veces la regañaba y le decía que dejara entrar a mamá para que limpiara el cuarto.

—¿A poco tú lo vas a limpiar, gata tonta?

Y ella me contestaba:

—Miau.

Cuando nos íbamos de vacaciones, nunca era con

Ágata. Las primeras veces pensé que no sobreviviría sin mí. Pero siempre que regresábamos, estaba como la primera vez: en el centro del patio lamiéndose el cuerpo.

Una noche se la pasó maullando. Sus quejidos eran como los de un bebé. Tanto maulló que la corrí de mi cuarto. Al otro día papá me dijo que la gata estaba en celo y que la teníamos que castrar. Yo me opuse.

—Entonces hay que cruzarla.

También me opuse a eso. Afuera de la casa había una multitud de gatos. Todos querían cogerse a Ágata. No supe cuál ganó, pero la gata dejó de chillar y en dos meses nos llenamos de gatitos.

Fue por esas fechas que Samuel me la quiso quitar y me ofrecía doscientos pesos por ella.

—¿Doscientos pesos? ¡No mames!, si no es un mueble —le contestaba mientras cerraba la puerta.

Un día tocaron el timbre y era Salma. Pensé que venía a verme, pero no, quería estar con Ágata y con sus gatitos. Ese día a mamá se le ocurrió regalarlos y Salma se llevó uno. Pronto nos quedamos otra vez sólo con Ágata.

En la preparatoria, yo ya fumaba una cajetilla al día. Ágata y yo seguíamos juntos y cada día nos movíamos más lento, como si estuviéramos entre nubes.

Estaba decidido a pasar el resto de mi vida junto a Ágata. Pero ella enfermó. Una mañana, su mirada

triste me despertó y pude ver que la muerte estaba cerca. El veterinario dijo que no se podía hacer nada y que lo mejor era dormirla.

—Será una buena muerte —dijo papá.

Cuando la sacrificaron, papá y yo cavamos un hoyo a mitad del patio. Recuerdo que mientras la enterrábamos escuché cómo se agitaban unas cajas en el fondo del patio

LA NOCHE DE LOS FEOS 2

Era la presentación del tercer libro que me publicaban, así que mi hermana y mi madre insistieron en que me vistiera de escritor: boina, saco café claro con parches de cuero oscuro en las coderas, camisa blanca, pantalón de pana y zapatos negros. A pesar de que el libro había sido premiado, la sala de Bellas Artes estaba medio vacía. La gente que me acompañaba era la de siempre: amigos y familiares, además de unos cuantos lectores que había acumulado en los últimos años.

La presentación pasó sin ningún contratiempo. Comenzó la firma de libros y mientras unos hacían fila, otros corrieron por su vino de cortesía. Terminaba de dar autógrafos cuando una mujer se acercó desde el fondo de la sala; a pesar de que traía sombrero, mascarada y gafas oscuras, su belleza sobresalía. Todos le hicieron valla para que llegara hasta mi lugar. Pensé

que por fin la literatura me hacía justicia, pero no, apenas me tuvo a su alcance, me soltó una bofetada tan fuerte que la boina salió volando.

La gente que estaba a mi alrededor quiso sujetarla, pero ella traía sus guaruras que la sacaron sin que nadie la pudiera tocar.

Todos me veían como si le hubiera hecho algo a aquella mujer. Por más que busqué una explicación al golpe, no la encontré. Quince minutos después salí con mi pipa a fumar y antes de prenderla me secuestraron. Me metieron a una limusina donde ella estaba esperándome.

—¿Me recuerdas?

—Sí, eres la que me golpeó allá dentro.

—¡No te hagas pendejo!

Ella parecía una modelo de comercial. Era atractiva y amenazadora a la vez. Intenté hacer memoria.

—Sé que te conozco, pero no sé de dónde —mentí para no hacerla enojar más.

—Además de ser un mal escritor, eres un mentiroso hijo de puta.

—¿Así que has leído mis cuentos?

—No, sólo leí uno, pero con ése tuve para darme cuenta de que eres una mala persona.

La limusina arrancó. Ella se quitó el sombrero, la mascada y las gafas oscuras. Yo esperaba que se quitara lo demás, pero no tuve tanta suerte. Me miró con una mezcla de coraje y ternura; en ese momento la reconocí: se llamaba Ana Claudia y era

una famosa actriz de cine; aunque sus mejores años habían pasado, todavía era muy hermosa. Lo que seguía sin entender era el porqué del golpe. Nunca le había hecho nada y ni siquiera la conocía en persona. Iba a decirle que ya sabía quién era, pero con un movimiento de su brazo me mandó callar. Habló como si yo no estuviera ahí. Dijo que no era una mujer vieja, que todavía quedaba mucha Ana Claudia para el cine. Después habló de su divorcio y de que ella no estaba acostumbrada a estar sola; que tenía más de un año sin actuar porque ahora le ofrecían papeles que no le interesaban; que todavía era joven, pero los productores la hacían sentirse como una anciana. Se quedó callada y yo me animé a contarle mis penas: desde que era niño quería ser escritor y mi padre se reía de mí porque nunca había oído que un chamaco dijera eso; todos querían ser bomberos, policías, astronautas o futbolistas. Papá también se burlaba porque se preguntaba si yo iba a escribir cartas o qué. Con el tiempo me hice a la idea de que el fútbol era lo que realmente me gustaba, pero mi carrera se frustró por una lesión en la rodilla. Ella salió de su ensimismamiento y dijo:

—Eres un cliché.

—¿Por qué?

—Todos los hombres de este país se han lesionado la rodilla; si no tuvieran rodillas de cristal, ya seríamos campeones del mundo.

No hice caso de su burla y le platiqué que mi pa-

dre se enojaba porque pensaba que mis textos eran inmorales y no entendía que la literatura no podía ser inmoral.

—Tu padre tiene razón, lo que escribes es deshonesto.

—¿Por qué dices eso?

—Escribes puras mentiras y pendejadas.

—Puede ser que no te guste lo que escribo, pero no tienes que ser tan dura.

—¿Por qué difamas a las personas?

—¿Pues qué texto leíste?

—Un cuento que se llama “La noche de los feos”.

—Estás confundida. Ése es un cuento de Mario Benedetti. Él murió hace como diez años, y como puedes ver ni soy Benedetti ni estoy muerto.

Llegamos a un hotel. Ana Claudia se hospedaba en una suite lujosísima más grande que mi casa. Se metió a la habitación y me dejó esperando en el salón. Me quedé viendo las bebidas que tenía. Agarré dos vasos y los llené con whisky. Ana Claudia salió y se había cambiado: llevaba puesta una bata que dejaba ver su desnudez. Por eso no noté que además traía una revista. Me la arrojó y tomó su vaso. En la portada aparecía una fotografía de Benedetti y se anunciaba como un homenaje al escritor. Recordé que alguna vez me invitaron a escribir un cuento para esa revista.

El cuento se llamaba “Los puntos cárnicos”. Antes de que la revista se publicara, murió Mario Benedet-

ti. Mi cuento, que ya había sido aprobado, sufrió la censura del editor que lo juzgó inconveniente para el homenaje que pensaba hacerle al escritor uruguayo.

—Ya sé cómo rescatar tu texto. Vamos a cambiarle el nombre —me dijo.

—¿Qué?

—Le vamos a poner “La noche de los feos”.

—Ése es un cuento de Benedetti.

—Exacto. Así encaja perfecto con nuestro homenaje.

—¿A poco toda la revista va a tratar sobre Benedetti?

—Sí, en la sección de cine vamos a hablar de *El lado oscuro del corazón* y de las dos versiones de *La tregua*; en teatro, de *Pedro y el Capitán*; en la crítica culinaria, de una receta que le encantaba al uruguayo.

No suelo enojarme con facilidad, pero me molestó que no respetaran lo pactado; además de que me iban a pagar quinientos pesos por el cuento y no mil, como me habían ofrecido en un principio. Le dije al editor que no me importaba ni Benedetti ni su muerte y que no quería que se publicara el cuento. Al editor no le importó o tal vez la revista ya estaba impresa. El caso es que publicaron el cuento, pero nunca llegó a mis manos.

—¿Qué piensas?

—Que me deben mil pesos. Nunca me pagaron por el cuento.

—Lo que escribes de mí no es cierto.

El cuento trataba sobre una fiesta que organizaban unos tipos bastante feos en donde invitaban a mujeres más feas para acostarse con ellas y hacer algo que ellos llamaban *puntos cárnicos*; éstos les permitían acostarse con mujeres más guapas, al grado de que algunos se habían cogido a actrices de cine, como Ana Claudia. En algún momento del relato, uno de mis personajes decía que ella no valía la pena porque se acostaba con cualquiera.

—Claro que no es cierto, pero eso lo dice un personaje, no yo.

—¿Entonces puedo decir lo que sea y no pasa nada?

—Sí.

—El Papa apesta.

—¿Ves? Eso no tiene nada que ver conmigo o con mis creencias; si lo pusiera en un cuento, no pasaría nada. Además, no sirve, porque es cierto.

—¿Qué es cierto?

—Que el Papa apesta.

—¿Entonces puedes escribir cualquier idiotez y no te responsabilizas de nada?

—Lo que dicen los personajes nunca es cierto, aunque lo sea.

En este punto otra vez estábamos tensos. Me aparté un poco para no poner la otra mejilla.

Intenté prender mi pipa, pero ella me detuvo.

—Llevo un año sin fumar, no me des tentaciones.

Iba a decirle que la verdadera tentación era ella,

pero no me atreví.

—¿Por qué escribiste eso de mí?

—No lo sé, sólo se me ocurrió. Es sólo algo que dice un personaje, no es verdad.

—¿Entonces no es cierto nada de lo que pasa en tus cuentos?

—No es verdadero ni falso, sólo es posible.

—¿Es posible que existan los puntos cárnicos?

—¿Cuántos necesitas?

—¿Cuántos tienes?

—¿Con quién los vas a usar?

—Se dice el pecado, no el pecador.

FORMAS DE PREVENIR EL FUTURO

Para Calajana

Llevaba dos años de relación con Alejandra y estábamos en un punto en donde ella pensaba en casarse y tener hijos y yo sólo quería pasarla bien. Nuestras vidas estaban estancadas: habíamos dejado la universidad y nuestros días se diluían en un *call center* donde pasábamos seis horas. El resto del tiempo lo dedicábamos a estar juntos: ir al cine si nos iba bien o ir al teatro si nos iba mejor. Aunque la mayoría de las veces nos quedábamos en su casa y, si estábamos solos, cogíamos, y si estaba su madre, veíamos televisión.

Y no es que me quejara. La rutina era lo que más apreciaba, pero al mismo tiempo no quería comprometerme a nada ni con nadie. Deseaba que las cosas se mantuvieran exactamente como estaban. Algún fin de semana pasármelo en casa de Alejandra; otro, ir a una fiesta o a un hotel. Pero ella empezó a pre-

sionarme. Me hablaba por teléfono a medianoche para preguntarme cómo imaginaba mi vida en diez años. Sabía que Alejandra quería que la incluyera en la respuesta, así que por supuesto no lo hacía.

—Seguro ya regresé a la universidad y terminé la carrera; tal vez estaré trabajando o dando clases. Me gustaría también estudiar una maestría y un doctorado en el extranjero. Tener un perro, un auto y mudarme a vivir a una ciudad de provincia.

La imaginaba al otro lado de la línea con los ojos nublados. Pero ¿quién la mandaba a hacer esas preguntas? A mí me gustaban las cosas directas. Si quería vivir conmigo, era mejor que me lo dijera. Pero, desgraciadamente, ella no era muy clara cuando hablaba.

En una ocasión en que estábamos a punto de entrar al trabajo me preguntó:

—Si tuvieras un hijo, ¿qué nombre le pondrías?

—Si es niño, Lenin.

—¿Por qué? —me preguntó alarmada.

A mí se me ocurrió el nombre porque en ese entonces estaba leyendo la biografía del revolucionario ruso y también para molestarla un poco.

—Si es niña, se llamaría Lénica —rematé.

Ella se dio la vuelta y se fue y ni siquiera me dio un beso.

Ese día me la pasé meditando que estaba mal portarme así. Que debía disculparme y tomar una decisión. ¿Qué de malo tenía vivir con Alejandra y

sentar cabeza? Estaba a punto de ir a verla y decirle que en mi futuro sólo estaba ella, cuando de pronto me di cuenta de que era muy injusto que ella me presionara de esa manera. Yo siempre la trataba bien y nunca le había puesto el cuerno. Entonces me enojé y decidí que, en cuanto saliéramos del trabajo, tendría que hablar seriamente con ella para que me dejara de molestar con esas cosas.

Cuando llegó la hora de la salida y la fui a buscar, yo estaba a la defensiva y me imaginaba que Alejandra me iba a recibir con una carota. Me molestó aún más ver que ella todavía tenía una llamada. Hay una regla no escrita en los *call centers* que dicta que debes terminar tu última llamada unos quince minutos antes de tu hora de salida. Todas las llamadas que te entren en esos minutos las debes ignorar. Alejandra todavía se tardó un poco más. Cuando por fin colgó y llegó a mi lado, me dio un beso frío.

Tomamos la combi que nos llevaba al metro y Alejandra seguía callada. Era como si en la tarde no hubiéramos tenido ninguna discusión. Llegamos al metro y me enojé más por no saber qué le pasaba. Pero no le pregunté nada, porque no quería que empezáramos a discutir otra vez. Por fin ella salió de su mutismo y me dijo:

—Hoy me pasó algo raro.

Me le quedé viendo sin decirle nada.

—Me entró una llamada de un cliente de aquí de la ciudad. Su voz me sonaba extraña. Me dijo que

su internet no funcionaba. Le pedí que desconectara su módem y él me dijo que no estaba para bromas, que le urgía conectarse porque debía hacer una videollamada a Hong Kong. ¿Y cuál era la broma?, le pregunté. Me contestó que un módem no se puede desconectar. Entonces pensé que el de la broma era él. Le pedí su nombre y adivina cómo se llama.

—Ni puta idea.

—¡Oye!

—No sé. Me rompieron la bola de cristal.

—Lenin.

—Bueno, no es común, pero muchos güeyes, hijos de revolucionarios frustrados, deben llamarse así.

—Sí, pero debe de haber muy pocos que se apelliden Ríos.

—¿Ríos?

—Sí, y todavía más curioso era su segundo apellido...

—Ahora sí, déjame adivinar: Contreras.

—Ajá.

—Qué coincidencia, ¿no?

—Sí, ¿verdad? —ella ni enterada de que me estaba burlando—. Lo más raro es que me dijo que su madre se llamaba igual que yo. Le dije que apagara su aparato y que lo volviera a prender y que, si no funcionaba, le mandaríamos a un técnico a su domicilio y quedó en marcarme mañana.

—Mira, Alejandra, si quieres tener un hijo conmigo, ¿por qué no me lo dices y te dejas de tonte-

rías? —me arrepentí de haberlo dicho, pero ya era demasiado tarde: esa noche no tuvimos sexo.

Al otro día, había llegado solo al trabajo porque seguíamos enojados. Alejandra me fue a buscar y me dijo que otra vez había llamado “nuestro hijo” y que quería que hablara con él.

—¿Él quiere hablar conmigo o tú quieres que yo hable con él?

No me respondió y sólo se me quedó viendo muy seria. Caminé hasta su lugar, tomé el teléfono, me presenté diciendo mi nombre y le pregunté el suyo.

—Ayer hablé con Alejandra Contreras y así se llamaba mi madre. Ahora usted me dice que se llama como mi padre. No sé a qué están jugando, pero no es gracioso. Yo lo único que quiero es que arregle mi servicio de internet.

—¿Ya desconectó su módem?

—¿De dónde se desconecta un módem?

—Pues del cable.

—¿Cuál cable?

—Tenemos que enviarle un técnico, ¿me puede dar su dirección?

La dirección resultó ser la misma que la de Alejandra. Le dije que me esperara y le hablé a Alejandra.

—Ya estuvo bueno con la bromita.

Le di la bocina y me fui a mi lugar. Me parecía una mamada que ahora hasta se pusiera de acuerdo con alguien para seguir con sus cuentos.

Pasaron tres días y Alejandra y yo prácticamente

no nos hablábamos. Hasta que ella llegó a mi lugar para decirme que Lenin quería hablar conmigo. Le pedí que me transfiriera la llamada.

Lenin me dijo que por fin había entendido lo que estaba pasando, que su madre le había advertido sobre esto. Que algún día fallaría su internet y que la llamada al servicio técnico, por alguna extraña razón, se conectaría con el pasado. Que había un mensaje que debía darme y era importante.

—Yo pensé —continuó— que mi madre se había vuelto loca. Que el cáncer le había llegado al cerebro.

—¿Cuál cáncer?

—Mi madre murió de cáncer de pulmón. Ella me dijo que tenía que decirte que tuvieras cuidado con los aviones. Que ibas a morir en un avionazo.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta.

—¿No crees que ya estás grande para prestarte a estos juegos?

—No es ninguna broma. Tienes que creerme. Yo no te conocí.

Cuando nací, tú ya estabas muerto y mi madre casi nunca hablaba de ti.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo tu madre?

—Ella no era muy clara cuando hablaba.

—Es lo que siempre le digo.

—Me dijo que era importante que evitaras los aviones.

—¿Tienes algo más que decirme?

Se quedó callado un momento. De pronto escuché unos sollozos.

—¿Estás llorando? —le pregunté.

—Prométeme que me harás caso.

—Te lo prometo —lo dije para que me dejara en paz—. Te paso con tu madre.

—Ya estuvo bueno. No quiero hablar nunca más con este tipo —le dije a Alejandra antes de dejarle la llamada.

Y nunca más hablé con él. A partir de eso, Alejandra dejó de molestarme. Hasta empecé a extrañar sus preguntas e insinuaciones. Yo seguía pensando que todo lo de Lenin había sido una broma, pero al mismo tiempo no podía sacar de mi mente la promesa que le había hecho. A veces quería discutirlo con ella y pedirle que me dijera la verdad. Que reconociera que la llamada había sido un montaje para intentar convencerme de vivir con ella. Pero Alejandra nunca tocó el tema.

Pensé que no tenía nada de malo hacer cosas para prevenir el futuro que Lenin había predicho. Dejé de fumar y obligué a Alejandra a hacer lo mismo. Empecé a cocinar con productos orgánicos y quité de nuestra dieta cualquier alimento que pudiera provocar cáncer. Cada vez íbamos a menos fiestas y dedicábamos los fines de semana a correr o a andar en bici. Y, lo más importante, yo no iba a volar nunca en avión y no tendríamos hijos o, si los teníamos, a ninguno lo llamaríamos Lenin.

Había pasado como un año desde las llamadas telefónicas de Lenin cuando Alejandra y su madre me invitaron a pasar un fin de semana en Cancún. Les dije que no, les inventé que tenía una reunión con mi tutor de tesis y que era imposible postergarla. Todo el fin de semana me la pasé aburrido y extrañando a Alejandra. Decidí que era momento de formalizar nuestra relación. Salí a caminar y se me ocurrió que tenía que comprarle algo para anunciarle mi decisión. Pensé en ir al centro a buscar un anillo. Sonó mi teléfono y era Alejandra. Me empezó a hablar otra vez con rodeos, como siempre lo hacía, y sin decir lo que realmente quería. Por fin se decidió: me dijo que estaba embarazada, que lo sabía desde quince días antes, pero que no había encontrado la forma de decírmelo.

—Si es niño, se llamará Lenin.

Iba a decirle que ese nombre en realidad no me gustaba y que una forma de evitar el futuro era que él se llamara de otro modo. Pero de pronto escuché un estruendo como de mil motores. El cielo se oscureció. Un avión se desplomó sobre la ciudad y sobre mí. Nada me habría pasado si el mensaje de Alejandra hubiera sido más preciso. Pero ella, desgraciadamente, no era muy clara cuando hablaba.

José Manuel Ríos Guerra nació en Tulancingo, Hidalgo, en 1980. Es autor del libro *La literatura es cosa seria*, con el que obtuvo el Premio Casa de las Américas 2020 que otorga el gobierno de Cuba . En 2016 publicó el libro *Yo no me llamo Manuel*, con el que obtuvo el Premio Estatal de Cuento Ricardo Garibay en 2015.

Si deseas escribirle al autor puedes hacerlo al correo:

contacto@faeditorial.com